

Epilogo

Globalización y Cooperación Internacional

Anotaciones para una práctica territorialista.

Raffaele Paloscia

Globalización

La globalización es, de entre los mitos de la transición desde el segundo al tercer milenio, el que tiene una capacidad especial de propagación, una fuerza imparable de arrastre. La libertad total de movimiento de capitales, bienes, e información a todos los rincones del mundo tiende a ser el principio básico y, al mismo tiempo, la máxima aspiración del hecho de vivir juntos en nuestro planeta. No parece haber ninguna salida, ninguna alternativa viable.

Desde los años 80 en EE.UU. y el Reino Unido se ha impulsado una versión del neoliberalismo sin control y la globalización ha desplegado plenamente sus alas y a su estela son empujados todos los países, incluso los países pobres del Sur; de lo contrario (este es el principal argumento) permanecerán en la pobreza y la exclusión incluso de la esperanza de la emancipación, económica en primer lugar.

Lo que el proceso de globalización está produciendo sobre la calidad de vida para la gran mayoría de la población mundial es, al menos parcialmente, deducible por un gran volumen de datos que destacan el empeoramiento de las distancias, en términos de ingresos, no sólo entre los países ricos y los países pobres, sino entre personas ricas y pobres dentro de todos los países. Incluyendo los emergentes, cada vez más poderosos económicamente, reunidos en el acrónimo BRIC (Brasil, Rusia, China, India).

Un hecho: unos pocos centenares de familias en el mundo tienen la riqueza y los ingresos iguales a los de los dos billones más pobres (George, 2010). Viene a la mente la famosa afirmación de que Gandhi: *La tierra tiene suficiente riqueza para satisfacer las necesidades de todos sus habitantes, pero no lo suficiente para satisfacer la codicia de unos pocos.*

El desarrollo sigue siendo un espejismo para los que viven en el Sur, una línea del horizonte, visible a través de las cada vez más difundidas imágenes de opulencia generalizada en los países occidentales, pero irrealizable en la práctica, incluso cuando existe la ilusión de poder compartir sus ventajas mediante la emigración hacia las ciudades ricas del norte. En el caso de que no se pague con la vida ahogándose durante un viaje clandestino, se producirá una revelación de la realidad al aterrizar en los guetos metropolitanos degradados e inhóspitos.

La globalización, que parece concentrar un nivel máximo del concepto de unificación (y todo el planeta es su área de referencia) en realidad es un proceso que funciona de forma simultánea aunque también es firmemente opuesto, es decir, genera una enorme fragmentación: económica, social, cultural, territorial, y medioambiental.

Lo que está unificado no sólo es el mercado, entendido como un espacio dentro del cual se mueven las mercancías, sino también los capitales, y con ellos sus modelos de producción, basados en la racionalidad tecnológica dominante. La acción unificadora inevitable de esta tecnología no significa, como ya se sabe, que los resultados de la innovación estén al alcance de todos y mucho menos que sean diseñados para el bienestar colectivo. Se procede inexorablemente a lo que Latouche denomina el "proceso de occidentalización del mundo" (Latouche, 1989, 2005). Esto implica la destrucción de todas las culturas, del trabajo y de la vida social fuera de la dimensión puramente comercial, que aun así siguen sobreviviendo de forma sorprendente; contra las culturas basadas en valores, tradiciones y estilos de vida locales, contra las expresiones de una multiplicidad de interrelaciones entre la sociedad local y el medio ambiente natural y construido, el gradual *reductio ad unum* del desarrollo occidental no ha sido suficiente.

Es, principalmente, el sur del mundo el que sufre, a través de nuevos mecanismos de desintegración social, la explotación de sus recursos, y de sus habitantes, especialmente los más débiles. Nunca como en los últimos años se ha vuelto a hablar de la esclavitud y de las nuevas formas en las que se presenta. David Harvey identifica perspicazmente el uso del término "globalización" como una manera disimulada de despolitizar otros, menos aceptados por la ética compartida universalmente, encarnada en el mito de la posguerra, y aceptados por las Naciones Unidas, como "colonialismo" e "imperialismo" (Harvey, 2008).

Ya no se trata del dominio territorial de unos estados sobre otros (aunque la guerra en Irak y, quizás, la actual en Libia, parecen revivir los mecanismos tradicionales de dominación del territorio y de sus recursos), sino que el verdadero poder sobre los destinos de la humanidad unificada, es fruto de la libertad ilimitada de los poderes económicos supranacionales para maniobrar en el espacio: por una parte las enormes *corporations* privadas, con sus sedes principales ubicadas permanentemente dentro de las *global cities* (Sassen, 1999) y totalmente móviles en la comunicación informática con los nodos de los mercados financieros; en otro frente, en las innumerables ramificaciones de la producción buscando que los costes de producción se reduzcan al mínimo; y finalmente otras instituciones en las que está delegada la gestión de las finanzas mundiales (principalmente Banco Mundial, FMI y OMC) libres de toda forma de control democrático efectivo.

Lo que está fragmentado es todo lo que, ganando fuerza, obstaculizaría esta libertad de movimiento. Entonces si por un lado se eliminan todas las barreras, las normativas jurídicas locales y también las nacionales que limitaban el flujo de capital para invertir en cualquier lugar, por otro lado se erigen las barreras que sean necesarias para bloquear los desplazamientos de población del Sur al Norte, la difusión de las normas más avanzadas en el ámbito de la protección laboral, social, de la dignidad humana en general, y del medio ambiente, y, entre otras, la generalización de una planificación urbanística basada en la protección de las ciudades, los territorios y los valores que expresan. Y todo porque estas normas reducirían demasiado las ventajas comparativas para los grandes inversores transnacionales, en primer lugar, en términos de costos laborales como verdadera motivación de la globalización.

Un emblema de este proceso de fragmentación, desde un punto de vista del espacio productivo y de sus reglas de organización y gestión, está constituido por un número creciente de espacios en el territorio nacional, especialmente en los países del Sur donde hay grandes cantidades de recursos humanos, es decir, abundante mano de obra utilizable en sectores manufactureros específicos. En estos países, a través de la fragmentación y la separación con respecto al contexto territorial, se va materializando y difundiendo cada vez más rápidamente un nuevo tipo de comunidades productivas globalizadas: las *export processing zones*, zonas francas de importación de materias primas y exportación de mercancías sujetas a procesos productivos que requieren un uso intensivo de mano de obra. Se trata de zonas donde los reglamentos internos para las relaciones sindicales, los impuestos, el uso del espacio, y la protección del medio ambiente son mucho más permisivos que los de la nación en la que se asientan. La proliferación de estas realidades productivas es especialmente intensa en los alrededores de los principales puertos en el Sur del Mundo y en las fronteras entre países ricos y pobres, donde es más fácil aprovechar las oportunidades de la proximidad física a los mercados del Norte.

Uno de los casos mas representativos son las ciudades que bordean los 2000 km del Río Grande, que marca la frontera sudoriental entre los Estados Unidos y México. Un territorio que incluye la siguiente secuencia: al norte, las ciudades de Texas, terciarizadas y florecientes, y, al sur, la ribera mexicana de ciudades pobres. Un territorio organizado como un espejo de asentamientos gemelos, unidos por puentes ahora inexpugnables desde el sur y cuyos nombres, muchas veces ambos españoles, dan testimonio de un pasado común: El Paso y Ciudad Juárez, Presidio y Ojinaga, Del Río y Ciudad Acuña, Laredo y Nuevo Laredo, pero también Eagle Pass y Piedras Negras, MacAllen y Reynosa, Brownsville y Matamoros, y así sucesivamente.

Todas las ciudades mexicanas están llenas de las esperanzas de los inmigrantes de un pasaje a norte, casi siempre se trata de deseos no cumplidos. En realidad ellos están destinados mayoritariamente a trabajar en una de las cientos de *maquiladoras*, las zonas francas rápidamente multiplicadas, de tamaño variable, donde se alternan fábricas manufactureras y chozas de viviendas. En ellas se concentra un número que fluctúa alrededor de un millón de trabajadores, empleados de *corporations* estadounidenses, con un salario que es la mitad de los que se pagan en México y una décima parte de los pagados en EE.UU.

Pero la fragmentación que producen las maquiladoras, cercadas con respecto al territorio circundante, ocurre en contextos territoriales diversos y en formas que varían como consecuencia de la nueva geografía de la centralidad y de la marginalidad provocada por la globalización, dejando de lado los espacios no funcionales a su despliegue.

Entre éstos destacan las periferias de las *global cities*, nodos principales del mercado transnacional ubicados en el norte, donde es creciente el número de *homeless* deambulando por las calles y las condiciones de vida no se diferencian en gran medida de las de muchas ciudades del sur, y son también, en el otro extremo, la totalidad del territorio de los países excluidos de los procesos que alimentan la expansión de la nueva economía global.

Como ejemplo aparece gran parte de un continente olvidado, África, especialmente el África subsahariana, aunque en los últimos años hay una inédita y creciente presencia de inversiones industriales por parte de los países BRIC que están generando nuevos problemas. Son raros aquí los centros de producción como las *export processing zones* por las características de la fuerza de trabajo y de las infraestructuras, por su aislamiento con respecto a los flujos mundiales, por las condiciones políticas inestables, por los bajos niveles de seguridad y por otros factores que no parecen responder a las normas mínimas que se garantizan en otras regiones pobres. Esto no ha impedido, sin embargo, que aquí, más que en cualquier otro lugar, se proceda al desmantelamiento de una agricultura de subsistencia basada en la policultura y en el autoconsumo, expresiones de las tradiciones y de las vocaciones productivas de los distintos territorios. Una agricultura pobre, pero a menudo suficiente para satisfacer las necesidades básicas de la población local, que tuvo que dejar su lugar a enormes extensiones de monocultivos con productos atractivos para los mercados del Norte y comercializados de acuerdo a los bien conocidos mecanismos de intercambio desigual sin una redistribución de riqueza adecuada en el área de producción.

El hambre, por un lado, el abandono de pueblos de origen antiguo y la desertificación por el otro, son los resultados más conocidos de estos procesos de transformación, de los cuales no tienen una responsabilidad pequeña los organismos internacionales, principalmente el Banco Mundial y el FMI.

Cooperación Internacional

En este estado de cosas, cabe preguntarse si la cooperación internacional para el desarrollo ha sido capaz de jugar un papel alternativo y de activar un proceso de signo contrario. Intentamos dar respuesta a esta pregunta a través de un rápido repaso de los cambios ocurridos en las últimas décadas y de la posibilidad de un enfoque alternativo.

Cooperación es un término cuyo significado obvio es el de trabajar de forma colectiva, pero cuando ha sido aplicado a la dimensión internacional del desarrollo y a las intervenciones en muchos países del sur del mundo, los hechos han sido sistemática y profundamente contradictorios con su significado.

La cooperación internacional, en su dimensión planetaria, representa uno de los instrumentos desarrollados en el nuevo orden mundial de la postguerra generado a mediados del siglo XX, atendiendo a la voluntad de los Estados Unidos y promocionado por la ONU, constituyendo un intento declarado de reducir las diferencias entre *developed* y *developing countries* a través de la definición del *one best way* humanitario que proponía un desarrollo completamente preconfigurado sobre la base del modelo occidental y sin alternativas. En él se apoyan las intervenciones locales orientadas a una transformación efectiva de los

contextos locales, coherente con las estrategias geopolíticas de escala planetaria gestionadas directamente por los grandes organismos internacionales, sobre todo el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico.

Si nos centramos en los últimos decenios, observamos una cooperación que oscila entre dos presupuesto aparentemente opuestos, aunque en la práctica real, estén relacionados de forma inconfesable: la ayuda, en varias de sus acepciones (humanitaria, económica, técnica, social, de emergencia, etc.), y su uso instrumental para una penetración y funcionalización mercantilista, con características fácilmente encuadrables como formas encubiertas y diversas de neocolonialismo.

En ambos casos, prescindiendo de buenas o malas intenciones, los efectos en los países afectados han estado inequívocamente dirigidos a perpetuar el irrefrenable y constante proceso de *occidentalización del mundo*, descrito anteriormente. Con una nueva e imprescindible variante representada por la tumultuosa emergencia de los países BRIC, muy ricos en recursos naturales y, sobre todo, caracterizados por tasas de crecimiento muy elevadas, y detentores de cuotas muy elevadas (inimaginables hace decenios) de la economía mundial: el primero de todos es China, seguida de la India y Brasil. Países que, encontrándose en una fase prolongada de transición, constituyen, también por sus extraordinarias dimensiones geográficas, espacios en los que conviven nuevos ricos y empresarios emergentes, con unas amplias bolsas de pobreza extrema que aparecen de forma permanente en numerosos lugares. Mientras estas últimas continúan siendo el destino de intervenciones de cooperación provenientes del Norte (sustancialmente irrelevantes por sus escasos efectos sobre los procesos nacionales de expansión económica) los empresarios se han transformado en operadores activos de una política de cooperación/penetración económico-mercantil de amplio alcance. Y es la atormentada África, en particular la subsahariana, la que se ha convertido en una tierra fácil de conquistar en cuanto que ha sido dejada al margen de las cadenas productivas del mundo occidental contemporáneo que además donde ha intervenido, ha transformado en muchos casos las potencialidades de desarrollo real en desertificación, pobreza extrema y guerra.

El fracaso de esta cooperación *top-down* para eliminar las diferencias entre las personas muy pobres (Davis, 2008) es, por tanto, un dato claro a ojos de todo el mundo.

Con respecto a este marco general, en los últimos años, se han desarrollado nuevos escenarios mediante la aparición progresiva de una amplia representación de actores no institucionales, sobre todo de organizaciones no gubernamentales, que han operado según la modalidad *bottom-up*, y que desde hace mucho tiempo han estado en el frente de la cooperación, pero que han sido sistemáticamente marginados de los flujos más importantes de ayuda financiera. Una cooperación, la suya, totalmente reformada, que ha demostrado la capacidad de constituir, a través de un *networking* capilar y constante, el agente primario de una globalización desde la base, no competitiva ni homologante, sino que sostiene y es copartícipe de la complejidad del mundo, de la diversidad de culturas, tradiciones, y de los diferentes modos de habitar, promocionando su consolidación y valorización a través de redes no jerárquicas constituidas en archipiélagos de poblaciones solidarias entre sí.

Será con estos sectores con lo que entra en relación sinérgica un territorialismo experimental, ocupado en la escala operativa que le es propia: la conexión entre ámbitos locales a través de una acción cauta en la forma de aproximarse, pero convencida de sus razones, y expresión de instancias que provienen de la base.

El horizonte de referencia a largo plazo coincide con la previsión de la retirada de los operadores occidentales (cuya razón de ser original reside en el papel de portadores de recursos financieros) de los lugares en los que se ha desarrollado un trabajo común para mejorar las condiciones de vida de los habitantes y que ha permitido adquirir un precioso bagaje de nuevos conocimientos.

La premisa metodológica y de comportamiento es la superación del concepto de *ayuda* como fondo de las iniciativas de cooperación. Un concepto irreconciliable con un mundo en el que se perpetúa el saqueo de los recursos naturales del Sur, normalmente con la interesada

complicidad de regímenes autoritarios que nunca se ponen en discusión, y que tiene como consecuencia más o menos directa, el desplazamiento de masas de población y de grupos étnicos completos, como primeras víctimas del actual proceso de implosión global de aquel modelo occidental, de crecimiento ilimitado que tenemos el deber de parar (Rifkin, 2009). Las situaciones explosivas que derivan de esta realidad en las zonas de paso entre las regiones pobres y el occidente opulento (el Mediterráneo islámico es en nuestros días una dramática representación de esto) aclaran, si es que todavía es necesario, que *ayudar* a estos países quiere decir, sustancialmente, ayudarnos todavía más a nosotros mismos.

En una prospectiva de “utopía practicable” es necesario apuntar a una vía de salida de la bipolaridad autodestructiva del desarrollo y el subdesarrollo, que se reproduce, en diferentes grados, a todas las escalas y en todos los contextos, para redefinir los términos de una convivencia planetaria, basada en criterios de justicia global dentro de una visión cosmopolita y plural que garantice a cada comunidad la posibilidad de vivir su propia especificidad (W. Sachs, T. Santarius, 2007).

La reciprocidad de la ayuda encuentra su motivación, más que en los macroprocesos globalizantes, en la consciencia de cuánto el conjunto de los saberes locales, desarrollados en el tiempo de forma original e innovadora en diferentes contextos, son capaces de aportar al Norte aunque provengan de lugares lejanos. Son ámbitos dotados de grandes capacidades que para nosotros son inéditas, en la adaptación de las comunidades a los cambios ambientales, climáticos, demográficos, y en el uso de sus propios recursos de manera intrínsecamente sostenible.

Todo eso sin negar, más bien valorando, las aportaciones de un saber global, ligado a los nuevos desarrollos científicos y tecnológicos. Su evolución y sus resultados deben ser sin embargo funcionales no al dominio y explotación económica de los recursos (en particular los del Sur por parte de un Norte que es expresión de las multinacionales), si no más bien a una innovadora integración de los conocimientos que, incluso a través de procesos y proyectos de cooperación, evolucione hacia la salvaguardia, la potenciación, la reproducción y el intercambio de la infinidad de variedades de cuanto se elabora a nivel local.

El instrumento operativo de este nuevo escenario podría ser una forma, todavía poco practicada, de cooperación, que se ha ido desarrollando en algunos ámbitos en los que existía una importante sinergia entre los contextos locales del Sur y del Norte: la *cooperación entre territorios* (Paloscia, 2006). Ésta representa un paso adelante con respecto a las innovaciones planteadas por la *cooperación descentralizada*, al estar caracterizada por nuevas modalidades de intervención en ámbitos locales. Esta forma de cooperación entre territorios, se ha desarrollado en el contexto italiano (y también en otros lugares como España), gracias al reconocimiento legislativo, tanto a nivel nacional como regional, de la posibilidad de financiar proyectos de cooperación internacional mediante una parte específica del presupuesto de los entes locales, que se han ido desvinculando progresivamente de los condicionantes que tenían los proyectos financiados con fondos gubernamentales, modulados por las exigencias de la política exterior y que en cualquier caso están reducidos a su mínima expresión en la actualidad, algo inédito en la historia reciente del país transalpino.

Los principios generales de la *cooperación entre territorios* se basan en la convicción de que ninguna administración local, comprometida en el proceso de transformación autosostenible de su propio contexto y consciente de los procesos globales en los que está situada, podría pensar en recluirse dentro de sus propias fronteras limitándose a relaciones de redes solidarias a nivel nacional y europeo, por muy virtuosas que estas sean.

Partiendo de un aparente oxímoron, aquel que podría interpretarse entre la cooperación internacional y el proyecto local, es posible reencontrar en su potencial relación virtuosa una forma de trabajar orientada a la superación de las contradicciones que puedan existir sobre la base del territorialismo como fundamento conceptual, abierto al debate sobre cualquier contribución, estímulo, contaminación y reformulación que provenga de la experiencia del Sur.

El *Nuevo Municipio* que tiene un papel protagónico en el proyecto local (Magnaghi, 2011), I, alude también a escalas mayores como las comarcas, las provincias y las regiones, constituye una representación cada vez más compartida de un ente local portador de innovación política, administrativa y de gestión, caracterizado por una profunda conciencia de su patrimonio territorial, y por lo tanto, no puede dejar de ser un centro propulsor de redes de intercambio paritario y solidario entre entidades territoriales del Norte y del Sur. A tal fin es necesario promover proyectos integrados de cooperación que, para ser practicables e incisivos, deben activar una fuerte implicación de la población y en particular de los actores que pertenecen a la mayor diversidad posible de sectores y ámbitos de actuación en los dos territorios de referencia: organizaciones no gubernamentales, asociaciones ecologistas, culturales, de voluntariado, de comercio justo, de autoconstrucción, toda la variedad de grupos del tercer sector, también los laboratorios de investigación universitaria y de formación a diferentes niveles, las cooperativas profesionales, las asociaciones de operadores de turismo rural y ecológico, las empresas y consorcios ética y ambientalmente responsables, etc. Estos agentes podrían poner a disposición de los proyectos sus competencias si se muestran suficientemente abiertos y predisuestos al aprendizaje recíproco entre socios de lugares y culturas diferentes.

Cuanto más articulada, integrada y sinérgica sea la práctica de la cooperación entre los territorios, las ventajas de iniciativas y de flujos intercambiables, de la puesta a punto de tecnologías compartidas, de sinergias en red, de reciprocidad en los diferentes campos del conocimiento y de las fructíferas intersecciones entre los saberes globales y locales, tanto más valiosos será el camino recorrido en la búsqueda y experimentación común de modalidades innovadoras de transformación autosostenible a largo plazo, y, en última instancia, el número de habitantes que disfruten de una calidad de vida progresiva y perceptiblemente mejorada.

Referencias

- M. Davis (2008), *Planeta de Ciudades Miseria*, Madrid, Foca
- S. George (2010), *Sus crisis, nuestras soluciones*, Barcelona, Icaria Editorial
- D. Harvey (2008), *Condición de la posmodernidad*, Buenos Aires/Madrid, Amorrortu Editores,
- D. Harvey (2006), *Spaces of global capitalism: towards a theory of uneven geographical development*, Verso, London
- S. Latouche (2005, 1989) *L'Occidentalisation du monde. Essai sur la signification, la portée et les limites de l'uniformisation planétaire*, Paris, La Découverte/Poche
- A. Magnaghi (2011), *El Proyecto Local*. Ed. UPC. Barcelona.
- R. Paloscia (2006), *Los territorios de la cooperación* in AA.VV. *Atlas del patrimonio local, material e inmaterial de la ciudad de León, Nicaragua*, NGF, Firenze.
- W. Sachs, T. Santarius (ed.) (2008), *Un futuro justo. Recursos limitados y Justicia mundial*, Barcelona, Icaria
- S. Sassen (1999), *La Ciudad Global*, Buenos Aires, Eudeba, 1999
- J. Rifkin (2010), *La civilización empática: la carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis*, Barcelona, Paidós